

El pasado 17-12-09, medio escondida entre otras noticias, apareció en la prensa la necrológica por la muerte de Perla Chavez. No, no se trata de ningún familiar del dictadorzuelo venezolano, ni de la hija, acusada de haber recibido un trato económico de favor por parte de su padre, por entonces Presidente del Gobierno Andaluz.

La fallecida fue la hija mestiza de Herbert Marshall a quien nunca se le dieron bien las mujeres. Recordemos cuando su esposa Regina (Bette Davis) en "La loba" le niega su medicación para el corazón mientras él agoniza intentando vanamente alcanzarla. La mamá de Perla Chavez y esposa de Herbert Marshall, una india llena de vigorosa sensualidad le puso los cuernos y él, en un postrer arranque de orgullo cumplió con la letra de aquella canción de Joan Baez "El preso número 9", cuando dice " ... mató a su mujer y a un amigo desleal ...".

La hija, la mestiza Perla, se despide de su padre en el presidio con la sombra de la horca maravillosamente superpuesta sobre un fondo rojo por un inspirado King Vidor. Huérfana, la mestiza llega a la casa de su tía Lillian Gish quien curiosamente tenía una especial predilección por las jovencitas de sangre india, recordemos su feroz defensa de Audrey Hepburn en "Los que no perdonan". En el rancho de Lillian Gish, regentado por un welliesiano Lionel Barrymore viven también dos hermanos uno bueno Joseph Cotten y el otro malo Gregory Peck.

La sensualidad de Perla Chavez quien heredó la belleza de su madre y la torpeza de su padre, desencadena la tragedia. La turbadora mirada desafiante de la mestiza con su ajustada blusa amarilla sobre la piel morena, turbó la libido de los adolescentes que la vimos en su momento. Charles Bickford, que se atrevió a casarse con aquella bomba de pasión fue la primera víctima, pero no la única. Los amantes que se odian; Gregory Peck - Jennifer Jones, protagonizaron un final impactante, de esos que impresionan nuestra retina para siempre y que quizá inspiró a Joaquín Sabina cuando dice aquello de "...amores que matan nunca mueren...". Ambos, arrastrándose sobre las arenas del desierto van disparándose el uno al otro, buscándose, deseándose, hasta fundirse en un beso y en un agónico abrazo final.

Pero esta arrebatadora mestiza, apenas 3 años antes había interpretado a Bernadette, la dulce pastorcilla testigo del milagro de Lourdes en "La canción de Bernadette". Por esa interpretación Jennifer Jones recibió su único óscar a la edad de 24 años. La película recibió 4 óscars y fue un gran éxito de público, pero reconozco que la historia de Lourdes nunca llegó a captar mi atención, ni siquiera por la oscarizada banda sonora de Alfred Newman.

Jennifer Jones cuyo verdadero nombre era Phylis Lee Isley contó desde el principio con la ayuda del gran productor David O'Selznick (*Lo que el viento se llevó*) quien se enamoró de ella, cuidó de su carrera cinematográfica y finalmente se casaron en 1.949. Su primer esposo, el también actor Robert Walker, murió prematuramente, alcoholizado, incapaz de superar el divorcio.

Jennifer Jones, salvo por su papel de Perla Chavez nunca levantó grandes pasiones como actriz. Su rostro redondito, su cabello azabache ligeramente ensortijado y sus grandes y expresivos ojos, nunca consiguieron traspasar del todo la puerta que guarda el Olimpo de las grandes estrellas. Su sugestiva voz de persona culta y tranquila, descubierta gracias al DVD, la encasillaron en papeles de señora digna y bien educada.

Al año siguiente de su óscar fue la hija de Claudete Colbert y la hermana mayor de Shirley Temple en "*Desde que te fuiste*" (*Since you went away*). Una comedia propagandística (en ese momento USA estaba en guerra) donde coincidía con su entonces esposo Robert Walker y con su futuro enamorado Joseph Cotten, ahora haciendo de tío suyo. En un momento de la película dicen: "no pensarán que somos unos asesinos", refiriéndose a la pareja Walker-Cotten. Sin embargo ambos serían en el futuro, dos de los asesinos más fríos, implacables y inolvidables de la mano de Alfred Hitchcock en "*Extraños en un tren*" y "*La sombra de una duda*".

En 1.946 protagonizó la que sería la última película de Ernst Lubtisch "*El pecado de Cluny Brown*". En ella interpreta el papel de una criada especialista en fontanería en casa de los típicos caballeros ingleses serios y estirados. El huésped escritor, exiliado y un tanto gorrón Charles Boyer se enamora de esta encantadora fontanera. La película, no muy conocida, es una delicia y nunca Jennifer Jones estuvo tan deliciosa, al estilo de Audrey Hepburn.

Luego llegó la ya nombrada "*Duelo al sol*" y seguidamente, para cambiar de registro interpretó "Jenny" una oscura historia de amor más allá de la vida. Allí volvió a coincidir con Lillian Gish y Joseph Cotten, esta vez sin su rival Gregory Peck, pero los amores con una fantasma rodada en blanco y negro por William Dieterle en un ambiente brumoso decepcionaron al público, más amante de la colorida carnalidad de "*Duelo al sol*".

Su esposo O'Selznick, intentó con toda su buena voluntad, orientar su carrera hacia films de teórica calidad pero ya no volvió a acertar, la "*Madame Bovary*", "*Carrie*", "*We were strangers*", "*Corazón salvaje*", pasaron sin pena ni gloria por los cines y su estrella fue paulatinamente apagándose. Sólo en "*Pasión bajo la niebla*", de nuevo bajo la batuta de King Vidor, la sangre volvió

a circular por las venas de la aburguesada Jennifer Jones. Enfrentada a un Charlton Heston mucho más viril que su antiguo amante Gregory Peck y más joven que ella, esa mujer salvaje nacida en los pantanos volvió a despertar el deseo de los espectadores. En un blanco y negro bien contrastado, acentuado por una niebla perenne, el amor en forma de pasión volvió a adueñarse de la pantalla.

"Stazione Termini" con Monty Clift fue un sonado fracaso, aunque peor le fue con "La burla del diablo", una extraña e inexplicable película que nunca comprenderé por qué y para qué la rodaron.

Su canto del cisne fue en "La colina del adiós", donde interpreta el papel de la Dra. Han, una médica medio china, medio inglesa, en la China de la revolución maoísta. Jennifer Jones se incorporó al grupo de actrices con unos rasgos físicos creíbles como oriental, recordemos a Loretta Young, Gene Tierney y Merle Oberon. Su oponente fue un William Holden recién salido de "Los puentes de Toko-Ri" y antes de su consagración en "Picnic". La historia transcurre en Hong Kong, donde 5 años después volvería William Holden a sentirse seducido por las mujeres enfundadas en un kimono, en la inolvidable "El mundo de Suzie Wong". La película es una historia de amor de triste final, bañada por el omnipresente, famosísimo y oscarizado "Love is a many splendored thing" de Sammy Fain. La película funciona bastante bien (ganó 3 óscars) gracias a la creíble, romántica pero excesivamente comedida y contenida pareja protagonista. Un poco más de pasión hubiera mejorado el resultado. Aún así sentimos el dolor de Jennifer Jones bajo el árbol que domina la colina, leyendo la carta de su amor ya fallecido.

"Adiós a las armas" fue un fallido intento de resucitar un viejo éxito de Gary Cooper y Helen Hayes, basado en la novela de Ernest Hemingway. A Jennifer ya se le nota mucho la edad y su pareja Rock Hudson, 6 años más joven está realmente deplorable. La película es larga, aburrida y la teórica historia de amor no es en absoluto creíble y menos aún morir al dar a luz un hijo de Rock Hudson.

Su última aparición en la pantalla fue en "El coloso en llamas", dentro del subgénero del cine de catástrofes de moda en los 70, donde solían aparecer un abanico de viejas glorias hollywoodienses en pequeños papeles. En esa película la emparejaron con Fred Astaire, pero lo más llamativo fue que Jennifer Jones no se apercibe de la presencia en la fiesta en el ático del rascacielos de su amado William Holden, aquel a quien esperaba en lo alto de la colina del adiós como la Penélope de Serrat, quizá por eso no lo reconoció, él estaba lleno de arrugas y ella, la chinita

del kimono, ya convertida en una respetable y madura señora. El guión la condenó a caer desde el edificio en llamas y su todavía dulce cuerpo enfundado en un vaporoso vestido blanco voló por los aires para desaparecer para siempre de las pantallas cinematográficas.

Murió su particular pigmalión el gran productor O'Selznick y volvió a casarse con un poderoso millonatis, pero ya no volvió al cine. Envejeció hasta convertirse en una, supongo venerable, nonagenaria para finalmente volar al Olimpo donde habitan todos los personajes que fue; Bernadette, Cluny Brown, Perla Chavez, Jennie, Carrie, Madame Bovary, Ruby Gentry, Doctora Han, Catherine, con quienes se reunió de nuevo. Para nosotros, las mujeres que interpretó nunca nos dejaron indiferentes, por su candidez, por su pasión, por su amor desaparecido o por su muerte al dar a luz, en todo caso vivimos y compartimos con ella sus historias, y cuando se comparten sentimientos con una persona, siempre resulta dolorosa su pérdida.